

–Mañana tenemos que volver –le he dicho a Miguel–. Tenemos que conseguir todas las pruebas posibles: fotos de la casa, fotos de él... En fin, todo lo que podamos conseguir.

–De acuerdo.

–¡Qué sueño tengo! ¿Conduces tú, Miguelito?

–Claro que sí.

Y hemos vuelto a nuestro hotel de Figueres. Mañana por la mañana seguimos.

### ***Jueves, 25 de octubre de 1989***

Estoy agotada.

Por la mañana hemos vuelto a casa del falso Urpiano. Ángela ya se había ido porque su coche no estaba. Hemos entrado por la cocina. En la planta baja no había nadie.

–¿Qué hacemos si Urpiano, o cómo se llame, está trabajando en el estudio?

–Ni idea.

No sé por qué, yo sabía que no iba a estar.

Hemos entrado en la biblioteca. La pared que comunica con el estudio estaba cerrada. Miguel ha tocado algo, la pared se ha movido... Afortunadamente en el estudio no había nadie. Hemos hecho muchísimas fotos: de la pared de la biblioteca, del estudio, de los cuadros...

–Tengo una idea –ha dicho Miguel.

–¿Cuál?

–Seguro que en la biblioteca hay algún papel o algo... ¿Por qué no miramos un poco?

–Vale.

En un archivo había una carpeta que ponía: «Urpiano».

–Aquí por lo menos hay mil artículos de periódico y revista...

–O sea, que tienen todos los artículos que han salido sobre Urpiano.

–Exacto.

–¡Ajá!

Luego, he buscado en los cajones del escritorio. Había un pasaporte. El pasaporte del novio de Ángela. Lo sé por la foto. Lo he cogido. Si piensa escaparse de España no va a poder. Es vasco, de San Sebastián. Se llama Koldo Arregui Elorza y tiene treinta y un años.

Nos hemos ido a Figueres. He pagado el hotel. Miguel me ha acompañado en nuestro coche alquilado hasta Barcelona. Yo he cogido el avión de las siete menos cuarto y él se ha quedado. Mañana tiene que devolver los ficheros de «Diseño Art». Y me parece que, además, quiere despedirse de María, la dependienta. Mmm.

A las siete y media he llegado a Madrid y una hora después estaba en mi casa, en la Plaza de la Paja<sup>34</sup>.

Carmela, mi vecina, una sesentona, vasca, muy amiga mía, me ha dejado una nota en el salón. «Te he regado las plantas y he dejado comida hecha en el congelador. Solo tienes que ponerla en el microondas. Un beso. Carmela».

Algunos días me invita a cenar. Es muy buena cocinera. Cuando me voy fuera, le dejo la llave. Es como una madre, pero sin los inconvenientes de las madres.

En el congelador había comida para diez personas. Carmela es así. He puesto un pollo a la chilindrón<sup>35</sup> en el horno y he empezado a revelar las fotos. Mañana veré a Cayetano Gaos. ¡¡¡Bien!!!

## ***Viernes, 26 de octubre de 1989***

Paco, Margarita y Feliciano estaban muy aburridos. Estos días no han tenido nada de trabajo. Por eso, Margarita se ha pintado las uñas dos veces al día y ha leído todas las revistas del corazón, Feliciano ha engordado un kilo gracias a los bocadillos y a que ha estado toda la semana sentado mirando a Margarita y Paco ha comido más chocolate que nunca. ¡Un magnífico equipo de trabajadores!

–Margarita, llama a Cayetano Gaos. A las once y media lo espero aquí.

Le he explicado a Paco todo lo que hemos descubierto. Paco se ha quedado encantado.

Antes de la reunión con Cayetano, me he encerrado en el baño y he hecho una cosa que nunca hago en el trabajo: me he pintado los ojos y los labios y me he puesto mi mejor perfume. Quería estar guapa. Más guapa, vaya.

A las once he empezado a tener un poco de taquicardia. Me pasa cuando estoy enamorada. A las once y media en punto Cayetano ha entrado en mi despacho. Le he sonreído desde mi mesa. En realidad quería abrazarlo como Ingrid Bergman a Bogart en *Casablanca*.

–Cayetano, me debes setecientas cincuenta mil pesetas y doscientas treinta mil de gastos.

–¿Dejas el caso? –me ha preguntado un poco triste.

–Sí.

–Por favor... Te necesito...

Ha dicho «te necesito». Me necesita a mí, a mí...

–Lo estás haciendo muy bien –ha continuado diciendo.

–Cayetano, lo deajo porque está terminado.

–¿Quééééé? ¿Lo dices en serio?

–Completamente en serio. Tenías razón: Urpiano no existe. El falso Urpiano es un hombre de treinta años que vive

en esta magnífica casa de la Costa Brava... Se llama Koldo Arregui Elorza.

Le he dado el pasaporte y le he enseñado unas fotos.

–¡Caramba! –ha exclamado– ¡Qué casa!

–Tiene el estudio escondido detrás de la biblioteca.

Le he enseñado más fotos.

–Vaya, vaya, vaya...

–Y en el estudio tiene terminados unos veinte cuadros más...

–¿Y ahora qué tengo que hacer?

–Tienes que ir con el pasaporte y las fotos a la policía. Y la policía va a detenerlo...

–Pues voy a ir ahora mismo.

–Mejor.

–Eres maravillosa, Lola. Una verdadera maravilla.

–Pues todavía no me conoces –le he dicho.

A veces digo cosas así.

–Me gustaría...

–¿Te gustaría qué?

–Conocerme.

No le he dicho: «A mí también». Pero me he puesto muy colorada.

–¿Puedo llamarte la semana que viene para salir a cenar y celebrarlo? –me ha preguntado.

–Claro.

–Toma, te dejo aquí el cheque. He puesto una pequeña propina para ti. Gracias por todo, Lola y hasta la semana que viene.

Me ha besado. Como Bogart a Ingrid Bergman en *Casablanca*. ¿Me ha besado por amor o por amor al arte? No importa.

Cuando he visto el cheque casi me muero. Un millón doscientas cincuenta mil pesetas. Soy millonaria<sup>36</sup>. Bueno, casi. Porque tengo que pagar a mis socios.

Hay una cosa que no le he dicho a Cayetano y que nunca se la pienso decir: la existencia de Ángela Hernández. Su novio, Koldo, falsifica cuadros porque ella misma lo ha organizado todo. La historia es más o menos así, creo: hace unos diez años ella tiene unos cuarenta y tres años y tiene un novio joven, jovencísimo, que sabe pintar pero que no vende sus cuadros... Entonces ella se inventa la historia de Urpiano, empieza a explicársela a unos cuantos amigos, los amigos se lo explican a otros, los periodistas la publican en la prensa, los críticos elogian, aparecen los primeros cuadros, empiezan a ganar dinero... y así siguen. Ella compra la pintura y los lienzos. Así nadie sospecha de su Koldo. Él vive como un rey en una casa maravillosa y ella vive en un pequeño *bungalow* y sigue trabajando como enfermera...

Las mujeres hacemos muchas tonterías por los hombres.

A las siete y media de la tarde he cogido el teléfono y he marcado el número de Ángela. Estaba en casa.

—¿Diga?

—¿Ángela Hernández? Soy la chica del otro día, la representante de «Colours». ¿Te acuerdas de mí?

—Ah, sí, claro, dime.

—Mira, es que te ha tocado el viaje a Nueva York, ¿sabes?

—¿En serio? ¡Qué bien!

—Y resulta que mañana sábado al mediodía tienes que venir a Madrid para firmar unos papeles... Vas a tenerte que quedar en Madrid un día o dos, ¿te va bien?

Ángela no podía decir que no. Teóricamente es una enfermera que gana poco dinero. Y una persona que gana poco dinero tiene que aceptar un premio como ése.

—Sí, por supuesto.

—Al llegar a Madrid, vas directamente al Hotel Victoria. Yo te iré a buscar allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

No sé qué le voy a decir mañana. Pero, al menos, la policía no va encontrar a Ángela en casa de su novio. Y su novio no le va a decir nada de ella a la policía... O, al menos, eso espero.

Alguna vez las mujeres tenemos que salir ganando<sup>37</sup>.